**LAS ZAPATILLAS DE BAILE**

La nena entró corriendo y de un solo golpe, cerró la puerta. Las lágrimas caían calientes, implacables. Se apoyó por la pared y se fue como cayendo, despacito, sintiendo en la espalda la dureza del ladrillo y en el alma lo crudo de la realidad.- ¡No, señorita, así no! ¿Cuántas veces tengo que decírselo? Sin las zapatillas adecuadas no podrá bailar – Todavía golpeaba en sus oídos la voz fría de la profesora. Pero, ella bailaría, no importaba si era descalza o con las zapatillas de lona que rellenaba con bollos de papel para poder hacer punta, no importaba cómo ni con qué… Ella bailaría, porque amaba bailar. Cuando bailaba se sentía libre como pájaro, liviana y frágil como una mariposa, etérea como el aire mismo. Se transformaba apenas subía al escenario y sonaban los primeros compases.

El llanto fue naciendo como lava, caliente, profundo y vivo, y le quemó las mejillas y el corazón. En eso estaba cuando escuchó el golpeteo clásico del bastón sobre el piso de cemento. La abuela había sentido un escalofrío correrle por la espalda cuando escuchó el portazo, sabía, sin mediar palabra, todo lo ocurrido. Con mucha suavidad acarició los rulos inquietos de la nieta - ¡Ssssh! Ya corazón, ya, que las lágrimas te secan y te pones vieja – Pero la niña ya había liberado el torrente y su cuerpo se sacudía todo al compás del llanto.

La abuela respiró hondo y se armó de paciencia porque sabía que hacía falta que corra el agua para recuperar el remanso. Y así fue, cuando hubo pausas entre el temblor y el suspiro inundó el pasillo, la abuela arrastró una silla de madera, áspera como la vida, y contó:

- Cuando tenía tu edad, más o menos, mi papá, tu bisabuelo, me llevó a ver una obra en el teatro del pueblo, fue mi primera vez en un mundo mágico de verdad. Se apagaron las luces y yo